

¿SUPERCHERÍA O MAGIA?

H. P. BLAVATSKY

2

¿SUPERCHERÍA O MAGIA?

Sentencia sabia es la que afirma que el que trata de probar demasiado, no llega al fin a probar nada. El profesor W. B. Carpenter, F.R.S.¹ (y con otros adornos alfabéticos además), nos da un ejemplo evidente en su contienda con hombres que valen más que él. Sus ataques acumulan rencores con cada nuevo periódico que hace órgano suyo, y a medida que aumenta sus injurias, sus argumentos pierden fuerza y evidencia. ¡Y, sin embargo, sermonea a sus antagonistas por su falta de *calma en la discusión*, como si él no fuese el mismísimo tipo de la nitroglicerina en controversia! Abalanzándose contra ellos con sus pruebas, que son *incontrovertibles* sólo en su propia opinión, él mismo se hace coger más de una vez. De una de tales *cogidas* pienso aprovecharme hoy citando algunas experiencias curiosas mías.

Mi objeto al escribir lo presente está muy lejos de ser el de tomar parte alguna en esta embestida a las reputaciones. Los Sres. Wallace y Crookes pueden muy bien defenderse. Cada uno de ellos ha contribuido, dentro de su propia especialidad, al verdadero progreso de los conocimientos útiles, más que el Dr. Carpenter en la suya. Ambos han adquirido gloria por valiosas investigaciones y descubrimientos originales, mientras que su acusador ha sido tachado con frecuencia de no ser otra cosa más que un compilador muy hábil de las ideas de otros hombres. Después de leer las hábiles réplicas de los *acusados* y la destructora revista del aplastante profesor Buchanan, todos, excepto sus amigos los psicofobistas, pueden ver que el Dr. Carpenter está completamente por los suelos. Está tan muerto como el clavo de puerta tradicional (*doornail*).

En el suplemento de Diciembre de *The Popular Science Monthly*, aparece (Pág. 116) la interesante concesión de que un pobre juglar indio puede ejecutar una suerte que ¡casi le corta la respiración al profesor! Comparados con ella los fenómenos mediumnísticos de Miss Nichol (Mrs. Guppy) no son nada. Dice el Dr. Carpenter:

La célebre *suerte del árbol* —que la mayoría de las personas que han estado mucho tiempo en la india han visto— según la describen varios de nuestros funcionarios civiles y científicos más distinguidos, es verdaderamente la maravilla mayor que he oído hasta ahora. Que un mangle crezca de un golpe, primero a la altura de seis pulgadas en un trozo de terreno cubierto de hierba, no visitado antes por los exorcistas, debajo de un cesto cilíndrico invertido, después de haberse adquirido la certeza de que estaba vacío, y que este árbol parezca crecer en el transcurso de media hora, desde seis pulgadas hasta seis pies, bajo una sucesión de cestos más y más grandes, es cosa que deja pequeñita a Miss Nichol.

¹ Miembro de la Academia Real ó de Ciencias.

H. P. BLAVATSKY ¿Superchería o Magia?

3

Ciertamente que sí. En todo caso, pone fuera de combate todo cuanto cualquier F.R.S. (miembro de la Real Academia) pueda enseñar a la luz del día, o en la obscuridad, en la Institución Real, o en otra parte cualquiera. ¿No debería suponerse que semejante

fenómeno atestiguado de tal modo, y teniendo lugar en condiciones que excluyen toda superchería, provocaría la investigación científica? De no ser así, ¿qué otra cosa podía promoverla? Pero obsérvese de qué modo un F.R.S. se escapa entre los dedos. Pregunta irónicamente el profesor:

¿Atribuye Mr. Wallace esto a una causa espiritual? ¿O cómo el mundo en general (por supuesto, refiriéndose al mundo que la ciencia ha creado, y al que vigoriza Mr. Carpenter) y los actores en el consabido juego de manos en particular, lo atribuye él a una habilísima superchería?

Dejando a Mr. Wallace, si es que sobrevive a este fulminante rayo joviano, que conteste por sí mismo, tengo que decir por parte de los *actores* que éstos contestarían con un No enfático a ambas preguntas. Los juglares indos no tienen la pretensión de que intervengan en sus operaciones *agentes espirituales*, ni conceden que sean *juegos de manos hábiles*. Lo que sostienen es que los fenómenos son producidos por ciertos poderes inherentes al hombre mismo, quien los puede usar con fines malos o buenos. Y lo que yo sostengo, siguiendo humildemente a aquellos cuyas opiniones están basadas en experimentos psicológicos y en conocimientos realmente exactos, es que ni el Dr. Carpenter, ni su séquito de hombres científicos, por más que sus títulos se extiendan tras de sus nombres como la cola tras de una cometa, tienen todavía la menor idea de estos poderes. Para adquirir, aunque no sea más que un conocimiento superficial de ellos, tienen que cambiar sus procedimientos científicos y filosóficos. Siguiendo a Wallace y a Crookes, tienen que comenzar con el A B C del espiritismo, al cual Mr. Carpenter—queriendo ser muy desdeñoso—denomina “el centro de la ilustración y del progreso”. Tienen que tomar sus lecciones no solamente de los fenómenos verdaderos, sino también de los falsos, de los que su autoridad suprema (la de *Monsieur* Carpenter, el *archi-sacerdote de la nueva religión*) clasifica debidamente como “engaños, absurdos y supercherías”. Después de estudiar todo esto como ha tenido que hacerlo todo investigador inteligente, puede que se obtenga algún vislumbre de la verdad. Es tan útil saber lo que no son los fenómenos, como averiguar lo que son.

Mr. Carpenter tiene dos llaves de patente garantizadas para abrir todas las puertas secretas de los gabinetes mediumnísticos, las cuales tienen por rótulo *expectación y preocupación*. La mayoría de los hombres de ciencia tienen alguna llave maestra por el estilo. Pero no tienen aplicación para la *suerte del árbol*; pues ni sus *distinguidos funcionarios* civiles, ni los *científicos*, podían suponer que habían de llegar a ver a un indio fornido desnudo, en un terreno que le era extraño, haciendo crecer a un mangle desde la semilla hasta la altura de seis pies en el espacio de media hora, pues sus *preocupaciones* estarían todas en contra de tal hecho. No puede ser la *causa espiritual*; tiene que ser *prestidigitación*. Ahora bien, Maskelyne y Crooke, dos hábiles prestidigitadores ingleses, han tenido abiertos los Ojos y bocas de toda la población de Londres con sus representaciones espiritistas. Se codean con Mr. Carpenter ¿Por qué no H. P. BLAVATSKY ¿Superchería o Magia?

4

los llama para que le expliquen esta hábil juego de manos, y hacer que los Sres. Wallace y Crookes se pongan rojos de vergüenza ante su propio idiotismo? Todas las triquiñuelas del arte les son familiares: ¿dónde podría encontrar la ciencia mejor ayuda? Pero tenemos que hacer hincapié en que las condiciones sean idénticas. La *suerte del árbol* no debe ejecutarse a la luz del gas en el escenario de ninguna sala de espectáculos, ni con los actores vestidos de rigurosa etiqueta. Tiene que ser a la luz del

día, en un terreno que les sea del todo extraño, y que no hayan visitado antes. No debe haber maquinarias ni ayudantes; la corbata y el frac tienen que dejarse a un lado, y los campeones ingleses aparecen en la primitiva vestimenta de Adán y Eva: un *vestido de piel* estrechamente ajustado, con el sólo aditamento de un *dhoti* o de unos calzones de siete pulgadas de largo. Los indos lo hacen así, y sólo exigimos una justa igualdad. Si en estas circunstancias hacen desarrollar un renuevo de mangle, el Dr. Carpenter se hallará en perfecta libertad para hacer saltar con él los últimos restos de los sesos de cualquier *chiflado espiritista* que halle a mano. Pero hasta entonces, cuanto menos hable acerca de los juglares indos, tanto mejor para su reputación científica.

No hay que negar que en la India, en China y en otras partes de Oriente, hay verdaderos juglares que hacen juegos de manos. Es igualmente verdad que algunos de ellos sobrepujan en sus habilidades a todo lo que conocen las gentes de Occidente. Pero éstos no son ni faquires ni los que llevan a cabo la *maravilla del mangle*, según la describe el Dr. Carpenter. Esta última suele ser imitada por adeptos indos y orientales, por habilidad de manos, pero bajo condiciones totalmente diferentes. Siguiendo modestamente a retaguardia a los *distinguidos funcionarios civiles y científicos*, voy a relatar algo que he visto con mis propios ojos.

Hallándome en Caroupur de camino para Benarés, la ciudad santa, le robaron a una señora, compañera mía de viaje, todo lo que llevaba en un pequeño baúl. Joyas, vestidos y hasta su libro de notas, que contenía un diario que venía escribiendo con cuidado hacía más de tres meses, habían desaparecido misteriosamente, sin que la cerradura del baúl hubiese sido forzada. Habían pasado horas, quizás una noche y un día, desde el robo, pues habíamos salido al amanecer para visitar unas ruinas próximas, relacionadas recientemente con las represiones de Nana Sahib contra los ingleses. El primer pensamiento de mi compañera fue acudir a las autoridades locales; el mío recurrir a la ayuda de algún *gossain* indígena (un santo hombre a quien se atribuye que lo sabe todo), o por lo menos a un *Jadugar* o conjurador. Pero las ideas de la civilización prevalecieron y se perdió una semana en visitas inútiles a la *chabutara* (casa de la policía) y en entrevistas con el Kotwal, su jefe. Desesperada ya, se recurrió por fin a mi idea y se buscó a un *gossain*. Ocupábamos un pequeño bungalow al extremo de uno de los barrios en la orilla derecha del Ganges, desde cuya terraza se descubría una completa vista del río, que en este sitio era muy estrecho.

Nuestro experimento se verificó en esta *verandah* en presencia de la familia de nuestro huésped –un portugués mestizo del sur–, de mí y de mi amiga, y de dos franceses recientemente llegados, que se habían reído ofensivamente de nuestra superstición. Eran las tres de la tarde. El calor era sofocante, pero sin embargo, el santo H. P. BLAVATSKY ¿Superchería o Magia?

5

hombre –un esqueleto viviente color café– pidió que se suspendiera el movimiento del *pankah* (abanico suspendido que se movía por una cuerda). No dijo la razón, pero era porque la agitación del aire influye sobre todos los experimentos magnéticos delicados. Todos habíamos oído hablar de la *marmita rotatoria* como agente para el descubrimiento del robo en la India: una marmita común de hierro, la cual, bajo la influencia de un conjurador indo, rueda por su propio impulso, sin que nadie la toque, hasta el punto mismo en que los objetos robados se hallan ocultos. El *gossain* procedió de un modo distinto. En primer lugar, pidió algún objeto que hubiese estado

últimamente en contacto con el contenido del baúl, y se le dio un par de guantes. Los estrujó entre sus delgadas manos, y dándole vueltas una y otra vez, los dejó caer al suelo y procedió a dar lentamente una vuelta sobre sí mismo, con los brazos y los dedos extendidos, como si estuviese buscando la dirección en donde se encontraba lo robado. De repente se detuvo con un sacudimiento, se dejó caer gradualmente al suelo y permaneció inmóvil, sentado con las piernas cruzadas y con los brazos siempre extendidos en la misma dirección, como si estuviese sumido en un estado cataléptico. Esto duró más de una hora, la que en aquella atmósfera sofocante fue para nosotros una prolongada tortura. De repente nuestro huésped saltó de su silla a la balaustrada, y comenzó a mirar fijamente hacia el río, en cuya dirección todos volvimos la vista también. De dónde y cómo venía, no podíamos decirlo; pero allí, sobre el agua y cerca de su superficie, se aproximaba un objeto oscuro. Tampoco podíamos descubrir lo que era; pero aquella masa parecía impelida por alguna fuerza interna a dar vueltas, primero con lentitud y luego más y más rápidamente, a medida que se aproximaba. Parecía como sostenida por un pavimento invisible, y su curso era en línea recta al modo que vuela la abeja. Llegó a la orilla y desapareció de nuevo entre la espesa vegetación, y presto, rebotando con fuerza al saltar sobre la baja pared del jardín, voló más bien que rodó hacia la *verandah* y cayó pesadamente en las manos extendidas del *gossain*. Un temblor convulsivo y violento se apoderó del anciano, al abrir, dando un profundo suspiro, sus ojos medio cerrados. Todos estábamos asombrados, pero los franceses miraban espantados el envoltorio con una expresión de terror idiota en sus Ojos. El santo hombre se levantó del suelo, desenvolvió la cubierta de lona embreada y dentro se hallaron todos los objetos robados, sin faltar la menor cosa. Sin decir una palabra, ni esperar a que le dieran las gracias, hizo un profundo *salaam* (saludo) a la reunión y desapareció por la puerta antes de que hubiésemos vuelto de nuestra sorpresa. Tuvimos que correr tras él largo trecho antes que pudiésemos obligarle a aceptar una docena de rupias, las cuales recibió en su cuenco de madera.

Esta historia parecerá sorprendente e increíble a los europeos y americanos que no han estado nunca en la India. Pero tenemos la autoridad de Mr. Carpenter que nos avala, pues sus amigos, *distinguidos funcionarios civiles y científicos*, tan poco a propósito para sorber nada místico con sus narices aristocráticas, como el Dr. Carpenter para verlo en Inglaterra con sus ojos telescópicos, microscópicos y científicos de doble aumento, han presenciado el *juego de manos del árbol* que es todavía más maravilloso. Si lo uno es *hábil prestidigitación*, lo otro también. ¿Querrán los señores de corbata H. P. BLAVATSKY ¿Superchería o Magia?

6

blanca y chaqueta con cola de la sala de espectáculos tener a bien enseñar a la Sociedad Real cómo se hace uno y otro?